

Para que brote esta pasión, es necesario, primeramente, un terreno propicio, al menos, una predisposición pasajera. En cuanto al papel del razonamiento en el nacimiento, el desarrollo y el mantenimiento de los celos, será muy breve, para evitar repeticiones.

El primer momento es una sospecha, es decir, un juicio de desconfianza; en términos más precisos, una inhibición de las tendencias expansivas que se fija en un individuo determinado: rival en amor, en ambición, en profesión. La penetración del celoso equivale á la del tímido y es de la misma naturaleza psicológica: impresión más bien que conocimiento razonado. La hostilidad es primero vaga. Luego los actos, las palabras, el silencio mismo, todo es aceptado como pruebas que justifican la suposición, el primer juicio. Es un razonamiento de descubrimiento que participa de las dos lógicas. El estado de celos está formado.

El segundo momento es el de la cristalización. Repite, *mutatis mutandis*, lo que ocurre con el amor:

cológicamente debe establecerse una diferencia entre ellas y las otras formas. En primer lugar, los celos de amor se desarrollan por partida doble: miran al que traiciona y al que ayuda á hacer traición (desposeer), pueden tener varios orígenes, según que prevengan del sexo, del corazón, de la cabeza (celos por amor propio, por vanidad). Difieren en el hombre y en la mujer. El hombre obra como dueño con esclavo, manda, aprisiona, se irroga el derecho de matar. La mujer obra como esclava con dueño; mentira, engaño, rebelión. Finalmente, presentan la particularidad de ser algunas veces retroactivos (los celos del primer marido de una divorciada, aun de una viuda), y se ha podido decir que la dureza de la madrastra no es si no el efecto de los celos no confesados de la primera mujer.

asociación de ideas de base afectiva, juicios de valor que, positivos ó negativos, tienden al mismo fin.

La operación mental es muy análoga á lo que pasa en el delirio persecutorio. No pretendo identificar los dos casos; pero de ordinario el perseguido viene á ser perseguidor, y de igual modo la incubación de los celos se transforma en actos de agresión. Esta analogía en la evolución y otras también, inclinan á pensar que en una monografía de la pasión de los celos, no dejaría de ser útil una aproximación con la forma morbosa que se acerca más á ella.

SECCIÓN II

EL RAZONAMIENTO INCONSCIENTE

Una cuestión previa se nos presenta. ¿Hay en la lógica emocional juicios y razonamientos inconscientes? Es tanto más legítima cuanto que la vida afectiva más que cualquier otra parece penetrar en el ser, por bajo de la conciencia. Desgraciadamente, no tenemos respuesta positiva que proponer. Desde que se entró en la región tenebrosa de lo inconsciente, toda interpretación, es decir, la traducción en el lenguaje claro de la conciencia se hace á la aventura.

En lo que concierne á los hechos, he sostenido en otro lugar, que sería ventajoso establecer dos cate-

gorías: 1.º, el inconsciente *estático*, comprendiendo los hábitos, la memoria, y en general, todo lo que es saber orgánico; es un estado de conservación, de reposo, enteramente relativo, puesto que nuestros estados internos sufren incesantes metamorfosis; 2.º, el inconsciente *dinámico*, que es un estado latente de actividad, de incubación, de elaboración. Se tienen pruebas en abundancia de esta elaboración inconsciente que no se traduce en la conciencia más que por resultados. Evidentemente, el razonamiento, si existe, pertenece á esta última categoría; pero esto nada nos enseña acerca de su naturaleza.

En lo que concierne á la naturaleza de lo inconsciente, se encuentran en la psicología actual dos hipótesis principales, que están la una y la otra sujetas á las objeciones más graves (1) y no resuelven nada. Para los unos, la actividad inconsciente es puramente cerebral; el factor psíquico, que ordinariamente acompaña al trabajo de los centros nerviosos, falta. Para los otros, existen en la misma persona, sin conexión recíproca, varias corrientes de conciencia, una sola de las cuales es conocida actualmente; las otras, aun cuando se desarrollan oscuramente, no cambian por esto de naturaleza, y en el fondo siguen siendo psíquicas.

Para la teoría psicológica, la explicación de nues-

(1) Para más pormenores sobre esta cuestión, remito á mi *Ensayo sobre la imaginación creadora*. Trad. esp. Madrid, Jorro.

tro caso no presenta demasiadas dificultades, puesto que admite que el juicio y el razonamiento, sean conscientes, subconscientes ó inconscientes, permanecen idénticos, salvo una diferencia de grado en la claridad de la representación.

Para la teoría fisiológica, la explicación es más difícil. No sabemos absolutamente nada del mecanismo cerebral que corresponde á los estados de conciencia llamados juicios y razonamientos. En estos últimos tiempos, apoyándose en investigaciones experimentales, se ha sostenido que en el momento en que un juicio se afirma, no es necesario que sus dos términos estén simultáneamente en la conciencia. Para juzgar á A mayor que B, basta que quede de A «una huella fisiológica»; su presentación consciente no es indispensable. Aun admitiendo esta tesis, no se adelanta gran cosa hacia una solución. Nuestro caso es enteramente distinto, puesto que se admite que los *dos* términos y su *relación* son puramente fisiológicos. La dificultad es mayor todavía para un razonamiento, para una serie de juicios unidos por relaciones y llevando á una conclusión, siendo la totalidad de la operación, según la hipótesis, un puro mecanismo cerebral.

Finalmente, una última dificultad inherente á las dos teorías: el razonamiento no es reductible á un automatismo mental que por sí mismo, necesaria, directamente, alcanzaría su fin. Racional ó afectivo, ya lo hemos visto, procede por aceptación y por elimi-

nación. Según el mecanismo de la asociación, las ideas del razonador irradian en todos sentidos. En esta profusión de materiales, debe escoger lo que es adecuado á su fin. Ahora bien, en una y otra hipótesis, la elección, sin la conciencia, es explicable.

Pero dejemos este problema inextricable y las apariencias de explicaciones para examinar los hechos mismos. Elijo como tipos: 1.º, las conversiones; 2.º, las transformaciones afectivas. Los estudiaré *como* si la actividad que los produce fuera reductible en realidad á juicios y á razonamientos, á título de simple hipótesis; y si se pregunta por qué atribuimos á la lógica de los sentimientos, más bien que á la otra, ciertos razonamientos inconscientes, la única respuesta es que su carácter afectivo parece revelado por sus resultados.

I. LAS CONVERSIONES.—Este trabajo no tiene por objeto la psicología de las conversiones religiosas. Ha sido hecho recientemente al pormenor, y según documentos numerosos que nos instruyen acerca de sus causas, su modo de evolución, su duración, sus consecuencias pasajeras ó definitivas. Se ha mostrado que se producen de dos maneras: la una es lenta, con progresos y retrocesos hasta la consumación final; la otra es brusca, repentina, semejante á una crisis ó á una erupción; tiene una fecha y parece transformar á un hombre en un guiñar de ojos. Se encontrarán ejemplos muy claros del uno y del otro

caso en los libros de psicología religiosa (1). Aun cuando sea bien difícil al convertido, aun al más sincero, poder afirmar sin error que su crisis libertadora no ha tenido ningún antecedente, y esto sea poco verosímil, se deben, sin embargo, admitir á título de hecho, estas dos formas bien marcadas. Pero en las conversiones religiosas ú otras, no tenemos más que un sólo punto que estudiar: es el trabajo de la conciencia subliminal, análogo, por hipótesis, á un trabajo lógico.

Es preciso, en primer término, desembarazarse de esa opinión común de que una conversión es efecto de la reflexión, de elementos única ó principalmente intelectuales. No es una pretendida demostración la que engendra la creencia, sino la creencia la que suscita una pretendida demostración para justificarse. Podré leer voluminosos tratados de teología musulmana, asistir á las lecturas y á las predicaciones en las mezquitas, sin la menor propensión á convertirme al islamismo, y sin otro provecho que un conocimiento profundo de esta religión. En los tiempos heroicos del romanticismo, los clásicos inveterados resistían, sin ser quebrantados, á los críticos, á los manifiestos, y lo que es peor, á las obras maestras. Los razonamientos de un republicano no producen ningún efecto en un fogoso realista, y recíprocamente. Sin duda,

(1) Remito á los dos importantes estudios de J. H. Leuba en el *American Journal of Psychology*, tomo VII, 1896, y de W. James, *Varieties of religious experience*, 1902, pág. 149 á 183.

la tendencia, la conmoción que produce la conversión, no nace espontáneamente sin causas intelectuales, sin idea provocadora; pero la idea no es más que un instrumento que tan pronto triunfa como fracasa. Se asemeja al pescador que lanza su cebo al agua, sin saber si el pez morderá el anzuelo (1).

Una creencia es un sistema de ideas investido de una realidad y juzgado superior y preferible á cualquier otro. Una conversión, cualquiera que sea su naturaleza, consiste en la sustitución de otro sistema de ideas, que á su vez es juzgado real, ó al menos superior y preferible á cualquier otro. ¿Cómo se hace esta sustitución? Abandono todas las metáforas usa-

(1) Si en lugar de las conversiones individuales cuyo origen es *interior*, se consideran las conversiones en masa que se hallan en la Historia (los francos de Clodoveo, los anglosajones de Ethelberto, los rusos de Vladimiro, etc.), cuyo origen es *exterior*, siendo debido á la obediencia al jefe, á la imitación, á un arrastre momentáneo, se ve, aun apartando los casos faltos de sinceridad, cuán superficial y precaria es la obra de la conversión. Es que no obra más que sobre la inteligencia; inculca al supuesto converso, que bien ó mal los comprende, algunos nuevos dogmas ó preceptos; éstos se añaden á los antiguos, sin reemplazarlos ni suplantarlos; la conversión real exige una transformación radical de los instintos, tendencias y hábitos del modo de sentir y obrar, una metamorfosis que penetra en el fondo del individuo, en sus sentimientos y en su voluntad. No es una enseñanza puramente intelectual la que podría cambiar á los adoradores de Odín, ébrios de sangre y de matanza, en adeptos de una religión de dulzura y caridad. Así, sabidos son los conflictos interiores entre las dos creencias, y sobre todo, las dos morales, los constantes retornos al culto de los antepasados en estos convertidos en apariencia. La misma observación en cuanto al politeísmo greco-romano.

das en semejante caso (botón que se hace flor, fruto maduro, etc.), que no explican nada. Se ha asimilado la conversión á una sugestión hecha por los demás ó que uno se hace á sí mismo; pero este no es más que un elemento de su psicología. Por mi parte, buscaría más bien sus análogos en los casos de metamorfosis parcial de base fisiológica: crisis de pubertad, paso á la senilidad por transición lenta, cambio brusco de carácter, á consecuencia de violentas emociones, transformación psíquica resultante de una enfermedad: en resumen, en los casos de alteración parcial de la personalidad. Estas alteraciones tienen grados; cuanto más tocan al fondo del individuo, más se acercan á las conversiones. Esto pide ser precisado.

Los casos de doble personalidad son muy conocidos del público; pero se trata de los casos grandes: aquellos en que dos personalidades se suceden teniendo cada una su memoria propia (abandono las variantes) ignorando la una á la otra. Aun cuando la memoria no constituye por sí sola la identidad y la continuidad del individuo, es su forma visible, el testigo que da siempre fe de ella; de ordinario, esta alternativa de memoria va acompañada de una alternativa de carácter y de sentimientos. Los observadores la han notado, dejándola un poco en la sombra. De aquí resulta que el cambio de personalidad está reducido principalmente á un cambio de memoria; y, por consiguiente, esta anomalía está caracterizada

principalmente por variaciones *intelectuales*, siendo la memoria el almacén en que se conservan todos nuestros conocimientos.

En cuanto á las conversiones, la cosa es distinta. Hay escisión en dos vidas, pero principalmente, podría decirse exclusivamente—en el orden de los sentimientos y de la acción. Terminada la crisis, restablecida la calma, el convertido reniega de su pasado, pero no lo ignora; nada ha cambiado en su memoria. No ha llegado á ser otro sino en su creencia, sus opiniones, su conducta. La conmoción no alcanza á su vida intelectual sino de rechazo, esta se modifica tan sólo en la medida que su nueva posición exige. El ateo puede llegar á ser un devoto, el libertino un santo; pero en cuanto á todo lo que es extraño á su nueva creencia, juzga y razona como en otro tiempo. De aquí puede deducirse que *toda conversión es una alteración parcial de la personalidad en sus elementos afectivos*.

Se puede emplear otra fórmula más adecuada á nuestro objeto: es *un cambio de los valores*. Esto es evidente, puesto que el convertido quema lo que ha adorado, y adora lo que ha quemado; pero en cuanto un juicio de valor interviene, entramos en la lógica afectiva. Si se admiten juicios inconscientes, somos llevados á *suponer* que en las conversiones, los juicios de valor (abstracción hecha de la conciencia) son de la misma naturaleza que los juicios de valor conscientes. En las conversiones lentas, el período de in-

cubación está cruzado de veleidades que no terminan y que parecen conclusiones parciales y momentáneas.

En apoyo de esta hipótesis se puede alegar algunos hechos, en la medida en que es posible aventurarse en esta doble oscuridad: lo efectivo, lo inconsciente. No es raro que á consecuencia de una enfermedad física ó de emociones violentas, se produzca un cambio total de humor (*mood*). Aplico este término á falta de otro mejor, para decir que el tono principal de la vida afectiva deja el puesto á un estado contrario; el hombre jovial se torna melancólico; el activo llega á ser apático, inerte; el temperamento enamorado, frío, indiferente. Este cambio de humor influye en los juicios. El paso del primer estado al segundo trasforma la concepción de la vida en lo que concierne al individuo mismo, sus semejantes, su medio, los sucesos del mundo. Se ha producido una mudanza de los valores: distinto el fin deseado, otras las conclusiones. Pero esta manifestación de la lógica afectiva me parece ha de ponerse con la cuenta del razonamiento emocional ó pasional anteriormente estudiado. Este caso no se asemeja á una conversión. ¿Por qué?

Hay numerosas confesiones de conversos; ellas nos enseñan lo que sigue. Antes de la conversión, casi siempre, un estado de malestar, de descontento de sí mismo y de los demás, de disgusto por todo, de imposibilidad de deseo y de placer. W. James ha transcrito varias, entre otras la de Tolstoi, que es muy

detallada (*op. cit.*, pág. 149 y siguientes.) Después de la conversión un sentimiento de alegría, luego de paz, de quietud; «todo adquiere una apariencia de novedad» (ejemplos en Leuba, *op. cit.*) Esto difiere totalmente del cambio de humor, que es una causa (1). En el converso, la transformación efectiva anteriormente descrita es un efecto, resulta del trabajo de zapa que comienza ó que está terminado, y se reduce á un juicio desfavorable sobre la vida antigua, á otro favorable acerca de la naciénté. Ahora bien (y es el punto importante que hay que notar), este trabajo lleva á un aumento intelectual: una nueva creencia, un conjunto de ideas y de preceptos formando cuerpo. Á menos de admitir una forma de actividad razonante, desconocida de nosotros, estamos reducidos á suponer que la constitución y la adopción de un ideal son, en el converso, resultado de un conjunto de juicios que convergen hacia un mismo fin, á una misma conclusión; que todo pasa *como si*, en el estado latente, una suma de juicios, de valor, se acumulara según un mecanismo anteriormente descrito.

No he hablado más que de las conversiones religiosas, porque, envolviendo al hombre entero, son el tipo de este hecho psicológico. Hay otras, morales, políticas, estéticas, que se manifiestan también por

1 Entiendo para la psicología, porque es el efecto de cambios fisiológicos en el individuo.

alteraciones profundas y permanentes del sentir y del obrar; si la explicación hipotética que antecede se considera valedera, se puede aplicar á todos los casos.

Se encuentra en la persona de Nietzsche un curioso ejemplo de conversión, á la vez religiosa, moral y estética: no faltarían documentos para estudiarla detalladamente. Ha pasado de un cristianismo sincero al ateísmo, de la moral común al inmoralismo, á la trasmutación de los valores y á la teoría del superhombre; de un wagnerismo ardiente á un antiwagnerismo intransigente, del arte «de la decadencia» al arte «apoliniano»; su conversión estética, al contrario de los demás, se ha producido por una crisis violenta y se ha afirmado con estrépito. Ha atravesado «una enfermedad», y «el hecho más grande de su vida ha sido una *emoción*». Es un ejemplo muy hermoso de lógica completa, integral, á la vez racional y afectiva. Unas veces, su pensamiento es sistemático, su dialéctica estrecha. Otras, el razonamiento, movido únicamente por las sacudidas de la emoción ó el curso irresistible de la pasión, degenera en injurias. La contradicción en su obra es la de las dos lógicas: la afectiva vence, y sabido es que no conoce las contradicciones.

II. LAS TRASFORMACIONES.—Designo con este nombre la metamorfosis de una forma de emoción en otra que parece específicamente distinta. Es un cam-

bio de incubación lenta que es imposible reducir á una sola fórmula, y que se comprenderá mejor mediante una enunciación de hechos. Antes de presentar ejemplos, indico algunos modos de transformación que no son clasificables bajo este título.

Elimino, primero, cambios frecuentes en la vida ordinaria y que el lenguaje designa con este nombre: el amor transformado en odio ó á la inversa, la prodigalidad en avaricia, el proselitismo en indiferencia. Estos casos no parecen asimilables á una forma embrionaria y muy parcial de conversión.

Aparto también las transformaciones aparentes que sorprenden mucho la atención y engañan á los espíritus poco observadores: por ejemplo, el fanatismo religioso que llega á hacerse un fanatismo antirreligioso ó un fanatismo político. Para el espectador de fuera que se atiene al hecho simple, hay una transformación completa; para el que ve el mecanismo interior, hay más bien permanencia. El impulso afectivo—tendencia, deseo, emoción, pasión—permanece el mismo en cuanto á su intensidad; no hace más que descargarse por otro camino; como el esfuerzo muscular de mi brazo, según que arranque una raíz ó dispare un tiro de revólver. El único cambio está en la apreciación, en los juicios de valor, y, finalmente, en el contenido intelectual, en el fin que prevalece. Una nueva creencia ha surgido, es decir, un sistema de representaciones que, nacido de la reflexión ó de las circunstancias exteriores, ejerce su dominio sobre

el individuo. Es un caso de conversión parcial, un poco distinto de las conversiones completas, que se afirman por la calma y la estabilidad.

Las transformaciones que atribuyo, por hipótesis, á una lógica inconsciente, no se parecen en nada á las conversiones. Se trata de una emoción de un género determinado y que se supone fija, que se acerca lentamente á una forma próxima, pero específicamente diferente y termina por parecersele. Esta transformación no tiene lugar sino para las emociones complejas, tales como el amor paterno, el amor conyugal, etc. Estas formas de la vida afectiva son consideradas como tipos aproximadamente fijos, teniendo señales distintivas que les son propias: primero, su objeto; luego, ciertos caracteres físicos que los psicólogos han descrito. Ahora bien, ocurre que á veces pierden poco á poco los caracteres específicos y sufren una metamorfosis—de ordinario incompleta—en otro tipo. Este fenómeno merecería un estudio particular que no podemos hacer de pasada. Basta, á nuestro objeto, dar algunos ejemplos.

Observación I.—M... temperamento de artista, de gran imaginación, no ha podido seguir su vocación á consecuencia de una catástrofe económica, ha sufrido renegando una carrera administrativa.—Su mujer, bonita, suficientemente instruida é inteligente.—Su hija única, nacida tardíamente, dotada de facultades intelectuales y morales muy notables.

Á medida que su hija avanza en edad y en saber, M... tie-

ne lástima de su mujer, la reduce á una nada que ella acepta sin quejarse, la trata como una tonta «que nada comprende», colma á su hija de regalos, de favores, hace de ella su asidua compañera, su confidente íntima, aun cuando ella sufre por su madre, á quien ama tiernamente. Si si le habla de un matrimonio eventual se pone furioso: «¿Qué necesidad tiene de casarse?» Son como unos celos anticipados. La hija había llegado á los veinticinco años, cuando su padre ha muerto súbitamente.

Observación II. — L..., hombre nulo, ignorante, presuntuoso, incapaz de todo, espíritu falso y torpe, ha vegetado toda su vida en un puesto ínfimo. — Su mujer, varonil, ambiciosa, intrigante, se ha casado con él por necesidad, y durante toda su vida matrimonial, le ha abrumado con su desprecio. El hijo mayor, espíritu prudente, práctico, pero muy ordinario, ha llegado á ser su ídolo (con detrimento del segundo, que le es muy superior en todo, y lo ha demostrado). Le tiene en tutela, le guía, le alienta, quiere por él, hace de él su confidente y á veces su consejero, pone en él todas sus ambiciones. Le proporciona un matrimonio rico, inesperado. Quince días después, está ferozmente celosa de su nuera: «una tonta, un carnero que sólo sabe balar». Críticas y recriminaciones incesantes contra ella cerca del marido. Seis meses de escenas perpétuas, ruptura completa con su hijo, á quien acusa de una negra ingratitud.

Observación III. — C..., casado hace mucho tiempo, sin hijos, en muy buenos términos con su mujer. Sobreviene una parienta joven, desconocida por él hasta entonces. Á consecuencia de las circunstancias, los dos esposos se ven obligados á tomarla bajo su tutela. C..., recorre un primer momento en que el atractivo sexual hacia la joven dominaba. Pero razones poderosas lo combaten: su afecto por su mujer, la gran diferencia de edad, etc. El sentimiento primitivo se transforma rápidamente en un amor paternal: estado final que dura hace años.

Podría continuar esta enumeración de hechos; el lector los hallará en su experiencia personal. Omite también las formas embrionarias, muy frecuentes; la mujer fuerte que trata como un niño á su marido paciente; el marido de edad que obra lo mismo con su mujer muy joven; el amor semi-sexual que llega á hacerse místico (1).

Este trasformismo psicológico no puede ser sino producto de un trabajo intelectual, en parte consciente. En su origen, el sentimiento normal, luego, un estado híbrido, formas de transición que llevan á la metamorfosis final. ¿Qué papel se puede asignar á la lógica de los sentimientos en esta evolución anormal? Aquí, como en todo razonamiento afectivo, hay un *fin*, un objeto que suscita y elige, con exclusión de todos los demás, ciertos juicios de valor acerca de las personas. Este fin es la concepción inconsciente ó no confesada de un ideal, es decir, una construcción en imágenes que pertenece al tipo que he llamado anteriormente «bosquejo» (*Imaginación creadora*, Conclusión pág. 317). En todos los casos que he observado, no habiéndose realizado el ideal ó habiéndose desvanecido, una tendencia oscura arrastraba al individuo á darle vida, á encarnarle allí donde encontraba algunas condiciones de existencia. Así una

(1) Por ejemplo, la ternura que Madame Guyon experimenta, primero, hacia el P. Lacombe, su confesor. Para los documentos, véase Léuba: «Las tendencias fundamentales de los místicos cristianos» en la *Revue Philosophique* de julio de 1902.

comunidad de temperamento, de gustos, de ideas (Observaciones I y II), una apariencia ó imitación de niño (Obs. III); esta operación podría denominarse por *sustitución*. Es preciso notar que la génesis de estos sentimientos híbridos atraviesa al principio un período de lucha entre la forma normal y la forma nueva que debe suplantarla. Las más de las veces esta fase larvaria se acerca un poco al atractivo sexual; pero bajo el influjo de causas diversas—repugnancias instintivas, costumbres y reglas morales—se produce una inhibición parcial; no queda más que un movimiento de atracción alrededor del cual la nueva cristalización se opera poco á poco.

En lo que concierne al *mecanismo* del razonamiento, consciente ó no, que está en el fondo de estas transformaciones de sentimientos, se puede precisar más. La operación intelectual que las sostiene y las dirige es el *pensamiento por analogía*: forma inferior adoptada á una lógica inferior. W. Stern, que en una buena monografía, la ha estudiado como psicólogo, dice con razón «que este proceso descuidado por los lógicoses, sin embargo, el proceso más ordinario para el espíritu humano» (1). Así, es natural que tenga un buen lugar en la lógica de los sentimientos que, como lo hemos visto, es la de los primitivos.

Este autor distingue cuatro categorías de analogías: 1.^a, externa, en que los dos términos están to-

(1) *Die Analogie im volkstümlichen Denken*, Berlín, 1893.

mados del mundo de los sentidos; ejemplo: llamar al camello el navío del desierto; 2.^a, interna, en que los dos términos pertenecen á la vida interior; ejemplo: las analogías de las sensaciones entre sí, sonidos y colores; 3.^a, objetiva, en que los hechos del mundo exterior son aplicados para aclarar y explicar estados internos; ejemplo: el uso por extensión de la palabra «impresión»; 4.^a, subjetiva, la más importante de todas, origen principal de las personificaciones y de los mitos; los estados interiores se deslizan bajo los estados exteriores y los sustituyen. Evidentemente, los casos de transformación entran en esta última categoría; la concepción ideal (estado interno) encuentra su analogía en una persona (estado externo); hay fusión de los dos términos; luego un trabajo complementario del espíritu, que añade las cualidades que faltan y que el ideal reclama.

En resumen, la trama intelectual que sostiene estas transformaciones afectivas me parece consistir en lo que sigue: primero, un trabajo inconsciente equivalente á una serie de juicios de valor y que procede por analogía. En seguida, y principalmente, una construcción imaginativa, formada de asociaciones que irradian en diversos sentidos, pero unificadas por la selección inconsciente de un deseo predominante. Esta es la forma bruta del razonamiento imaginativo que vamos á estudiar.